



Boletín DE LA CAMARA AGRICOLA DEL AMPURDAN.

REVISTA QUINCENAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA. un año, 5 pesetas.

EXTRANJERO. 6 »

ANUNCIOS: Precios convencionales.

Pago anticipado.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de la Barceloneta, núm. 6, 1.º

Toda la correspondencia deberá dirigirse al Director.

¿Está la Agricultura postergada y abatida?

Dícese de Tácito, celeberrimo historiador romano, que era tan pesimista en sus reflexiones, y pintaba con tan negro color las costumbres de aquel pueblo, augurándole decadencia y caída espantosa, que parecía se inspiraba en la región de las sombras. Algo de la sombría pluma de Tácito se necesitaría hoy también para pintar la postración, abatimiento y atropello de la Agricultura.

Antes de entrar de lleno en el asunto, permítanseme algunas reflexiones, que procuraré acortar en obsequio á la brevedad.

Es verdad que falta poco para llegar á la evidencia axiomática, que cuando, más que la inmensa mayoría, la totalidad de una clase se queja y lamenta, exorta y amenaza, utilizando todos los medios de hacerse oír, demostrando de mil modos distintos profundo malestar, es, digo, una verdad que obliga al verdadero pensador á exclamar: si, algo hay aquí que merece estudio, algo que es necesario desentrañar; no es posible que una clase tan numerosa con tan rara unanimidad se queje y lamente y ponga el grito en el Cielo sin razón ni motivo. ¿La tiene la Agricultura? ¿La tenemos los agricultores? Veámoslo.

Es la Agricultura el arte que tiene el hombre de arrancar á la tierra los productos que le sirven de alimento y sostén. Esta definición, que si no es rigurosamente científica, la creo verdadera, declara la importancia capital, lo muy por encima que está, ó debiera de estar, de todas las demás artes á que se dedica la actividad humana; y por consecuencia el interés y la protección que en todo pueblo verdaderamente civilizado debieran merecer los que á la Agricultura se dedican. Yo no entiendo otro modo de regular el interés y protección que merece una cosa que por la importancia que ella entraña. Sentado esto, entro de lleno en el asunto que me propongo desarrollar en este artículo, que procuraré sea lo más breve posible, á pesar de lo mucho que tendría que decir.

Los pueblos verdaderamente civilizados, y éstos son, con envidia nuestra, casi todos los de Europa, dedican tan preferente atención á la Agricultura y en tan alto grado la protegen, que vemos por ejemplo en Alemania é Italia, concediendo sus gobiernos primas de exportación y dando toda clase de facilidades á la salida de sus productos; vemos la vecina Francia, con su admirable arancel, ora subiéndolo, ora bajándolo, según sus necesidades, y con su más admirable ley de cadenas, que de golpe y porrazo cierra su mercado á extranjeros productos cuando de ellos no tiene necesidad; vemos en estas mismas naciones, como en Bélgica, Suiza y tantas otras, centros docentes de verdadera enseñanza agrícola; la Agricultura, vemos desvelándose á sus gobernantes y legisladores para elevarla y enaltecerla, persuadidos de que es la fuente más se-

gura y sólida de riqueza, y que de su trastorno y malestar, síguese fatalmente malestar y trastorno en el Estado. ¿Sucede esto en España? Con un presupuesto de cerca mil millones arrancados á un pueblo exausto ¿no es irrisoria la cantidad que á atenciones de la Agricultura se dedica? ¿Qué centros de enseñanza agrícola tenemos? ¡Ah! la rutina, la imitación y la copia son nuestros únicos consejeros: solo la iniciativa y esfuerzo individual, impotentes casi siempre, han logrado alguna vez abrirse camino, si no ha venido el Estado á ahogarlos con sus brazos de hierro.

¿No es desesperante que el Estado, en vez de allanar el camino para la venta y colocación de los productos agrícolas, tolere y contribuya á que se les pongan más que trabas, barreras insuperables, parapetos de imposible esollamiento, trincheras tan profundas delante los grandes centros de población, que el productor desesperado exclama con el corazón henchido de dolor y rabia: no hay médico, tengo que ceder el puesto, que en buena lid me hubiera ganado, al indigno falsificador de mis productos, que he arrancado del seno de la tierra con el sudor de mi frente; y tengo que cederle el puesto, porque utiliza para su infame tráfico deshechos de otras naciones, que con el pomposo nombre de primeras materias, nos envenenan, arruinan y envilecen. ¿Cuántos mercados extranjeros nos han cerrado la ineptitud de nuestros gobernantes, y nuestra espantosa decadencia!

Oid el clamoreo que de todas partes de la Península se levanta: quejense el castellano y el andaluz, de que no pueden exportar sus productos á las diferentes regiones de aquella, por la hidrópica sed de ganancias de las vías férreas, protegidas y amparadas por el Estado, dándose el caso inaudito de que nos resulte más barato el trigo de Rusia y de los Estados Unidos, que el de Castilla; quejase el sobrio gallego, quejase los vascos y navarros, quejase las provincias de Levante, y nosotros, los catalanes, tal vez tratados con menos piedad, unimos también nuestros lamentos á aquella lamentación universal.

Recorred España ¿qué veréis? Grandes comarcas sin una mala carretera, las estepas de Aragón yermas y secas como si hubiese pasado por ellas fuego del infierno, las inmensas llanuras de Castilla y Extremadura devoradas por la langosta, y comarcas vinícolas en las que sienta sus reales la filoxera y otras calamidades sin cuento, como si la muerte y desolación presidieran como reinas absolutas en nuestra desgraciada patria.

Y por fin, coronamiento y remate, viene el fisco sin entrañas ó con entrañas de fiera, y dice: paga, puedes no puedes, necesito oro, quiero oro, no hay compasión, no hay misericordia por más que tengas que vender el legado de tus padres, y entregarme el porvenir de tus hijos, y por más que el llanto y la desesperación sean tus inseparables compañeras, y tengas que emigrar á extranjero

suelo exponiendo tus harapos y miseria. ¿No es verdad esto? Díganlo las miles de fincas embargadas, díganlo la emigración constante de la gente del campo á los grandes centros de población ó extraños países, en busca de un pedazo de pan del que el Estado les ha privado, recargándola tan sin piedad con toda clase de gabelas, como la privara ántes de sus mismos hijos en desastrosas guerras.

¿Pinto con sombrío color el estado de la Agricultura? ¿Recargo el cuadro? ¿Exagero? Ah! no, y en prueba de ello, veo ahora mismo levantarse en Madrid, allá en el ministerio de Hacienda, un negro nubarrón, que amenaza desatarse en todos los ámbitos de la Península en forma de delegados, buscando, ¡aún mayor riqueza!!!... Pero de esto, y de otro mal que corroe y mata las clases agrícolas, que es la usura, y de los medios que tiene la Cámara para hacer en lo posible frente á tantos males y calamidades, trataré, Deo volente, en otro artículo.

Concluiré este exclamando, y ojalá que mi voz, aunque la más humilde de la comarca, repercutiera por todos los ámbitos de la misma: *væ solis!* ¡ay de los que están solos! ¡ay de las clases no asociadas!

JOAQUÍN VERGÉS RIERA.

EL CAÑÓN GRANÍFUGO Y LA ASOCIACIÓN DE TIRO

(Continuación.)

Al apuntar en mi artículo anterior la diferencia de conducta observada por el Gobierno Italiano y el nuestro en la cuestión que nos ocupa, problema verdaderamente revolucionario en el sentido estricto de la palabra, aplicada á la que ha sido más rutinaria de todas las prácticas de la actividad humana, no quise indicar que los agricultores Italianos no hayan tenido que luchar con idénticos inconvenientes y aun obstáculos puestos por aquel en sus primeros tiempos. Afortunadamente tras un ministro hostil vino otro completamente favorable, y con él el de la Guerra, y paso á paso ha hecho su camino, como esperamos lo hará en el nuestro. Ministro de Agricultura joven y emprendedor tenemos, ganoso de hacer algo, y no dudamos de que en cuanto se entere ha de apoyar con todas sus fuerzas el establecimiento en España de los consorcios de tiro contra el pedrisco. El actual Ministro de Hacienda es ingeniero agrónomo, y estamos seguros de su atención á nuestro movimiento si lo logramos darle la importancia que merece.

En mi afán de que nuestros consorcios, muchos de los cuales sufren con frecuencia extragos causados por el pedrisco, se enteren de las vicisitudes porque ha pasado este asunto en aquel afortunado país, más castigado que el nuestro, que lo tiene ya establecido con resultados positivos, voy á traducir unos párrafos del discurso que el honorable Ottavi,